MIGUEL DELIBES: NOS DEJÓ EL HOMBRE; SU OBRA ESTÁ CON NOSOTROS, por Nicolás del Hierro



Miguel Delibes

Es obvio que, a lo largo de la historia de nuestra literatura, podíamos afirmar cómo el sustantivo Miguel ha sido, y es, una honrosa virtud para las letras españolas. Por ello no nos parece inoportuno este lugar y momento para recordar tal condición, aunque sea sólo a modo de pasada y por conocido, cuando, justo al conmemorarse el centenario del nacimiento de un gran Miguel (Miguel Hernández), dijo adiós a la vida terrenal otro Miguel: Miguel Delibes. Virtud, la de aquél, porque lo fuera el gran poeta del pueblo; y la de éste, como quien supo captar y acercar de ese pueblo y para el mismo la mejor narrativa que se escribiera en el pasado siglo XX. Y, si apoyando nuestra tesis

inicial, hubiéramos de referirnos a escritores españoles con nombre semejante, no es menos obvio que nos sería facilísimo hacer un póquer de ases agregando a estos dos apellidos los inmortales de Cervantes y Unamuno.



Miguel Delibes

Delibes se nos fue el pasado mes de marzo, el día 12. Lo hizo desde su Valladolid, donde viviera casi siempre. El pueblo, los vecinos de la capital castellana y buen número de otros lectores españoles se echarían a la calle, en admirable manifestación de duelo y como homenaje de gratitud literaria al novelista. Mucho tiempo hacía, tanto que nuestra generación no llegó a verlo, que tan largas filas de lectores y admiradores, reconocedores del hombre y de su obra, no desfilaban conmovidos ante la capilla ardiente de un escritor.

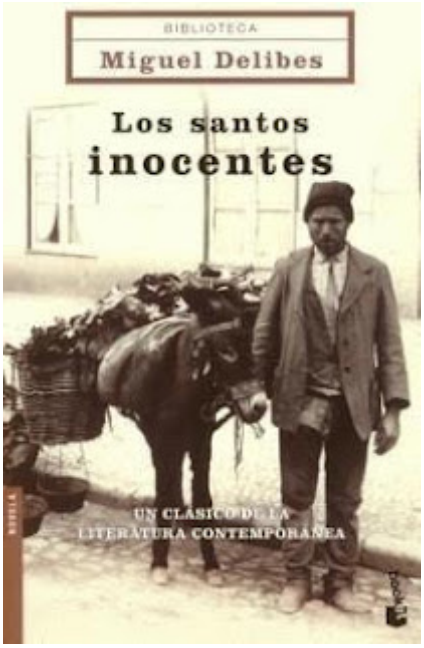
Aquel vecindario sabía que *La sombra del ciprés es alargada*, y que desde muy pocas horas después no dejaría de sombrear el mortal cuerpo del hombre. No obstante, quien como creyente lo mirara, hallaría en su contemplación la convicción de que aquél era *El camino* donde, tras *La mortaja* no hace falta ir con *La escopeta al hombro* porque, aun cuando esté *La tierra herida*, el caballero y el escritor Miguel

Delibes supieron abonarla en y con su trabajó para que *Los santos inocentes* sean quienes, en su inocencia, ganen *La partida* desde una estética humanista, más apropiada y sincera que la de aquéllos que, partidariamente, buscaban *El disputado voto del señor Cayo*.

Miguel Delibes, sencillo en su grandeza, cazador de la palabra y estímulo del disparo cinegético más limpio, ecologista en la virtud de su andadura, humano, humanista, escritor de claridades y de sencillas convicciones, socialmente solidario en la soledad del pueblo, de su ciudad, surgió a la narrativa con la rectitud de los cipreses e hizo, paso a paso el *Diario de un cazador*, porque cazador y escritor no pudieron separarse jamás del hombre quien, sin utilizar para nada su *Madera de héroe*, recorría los altozanos de los montes y las calles empedradas de los pueblos para extraer la sencilla grandeza del idioma castellano. Su todo fue el conjunto y su autonomía el trampolín de la estética humanista.

Desde aquel alargado y sereno galardón cipresístico con que obtuvo el Nadal 1948, hasta que, medio siglo más tarde (1999), *El hereje* le valiera el Nacional de Narrativa, su creatividad literaria superaría las cinco docenas de libros. Mientras tanto, desde la dirección periodística supo ponerle *Norte* a las columnas *de Castilla*, y, con aquéllos y éstas, sobre todo aquéllos, conseguir los más significativos galardones y honores que las letras y el saber otorgan a los elegidos que se mueven en estos campos. Libres y abiertas las puertas de la Real Academia Española, sus libros prestigiando anaqueles personales, el estímulo del

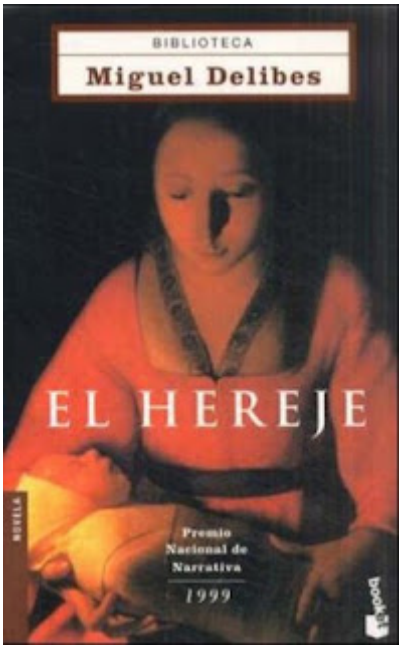
hombre para con la sociedad le valió el reconocimiento general a todos los niveles del pueblo. Si no, ¿como se concibe la selecta popularidad con que el conjunto social le honró en su despedida?



Desde la letra impresa, pasando por el teatro y el cine; desde la calle a la Universidad, el hombre y el escritor hacen fácil el sendero de la comprensión a quien lee o contempla su obra de uno u otro modo. Con la difícil sencillez de su palabra consigue un ejercicio de aceptación general. Leer y escuchar a Delibes es recoger la cosecha que, en la palabra, sembrara el pueblo culto y él seleccionara. Las representaciones, por ejemplo, de *Cinco horas con Mario*, han hecho que esta adaptación teatral se convierta en un clásico en vida de su autor, donde no sólo el éxito inicial de Lola Herrera mantiene activa la obra, sino que numerosas compañías de aficionados o profesionales menos conocidos no dejan de representarlas por y en menores escenarios de España…

…Y el cine, principalmente y sobre todo el cine, con casi una docena de las novelas que escribiera

Delibes (*El camino, Los santos inocentes, Las Ratas, El príncipe destronado* –convertida en *La guerra de papa-, El disputado voto del señor Cayo*...), adaptadas y expuestas en celuloide, fueron y siguen siendo un verdadero éxito en las pantallas, protagonizadas por importantes actores y actrices y realizadas por grandes directores, llámense aquellos, entre otros y otras, Antonio Ferrandis, Francisco Rabal, Juan Luis Galiardo, Julia Caba Alba, Amparo Soler Leal o Mónica Randall, y directores como Antonio Mercero, Mario Camus o Giménez-Rico.

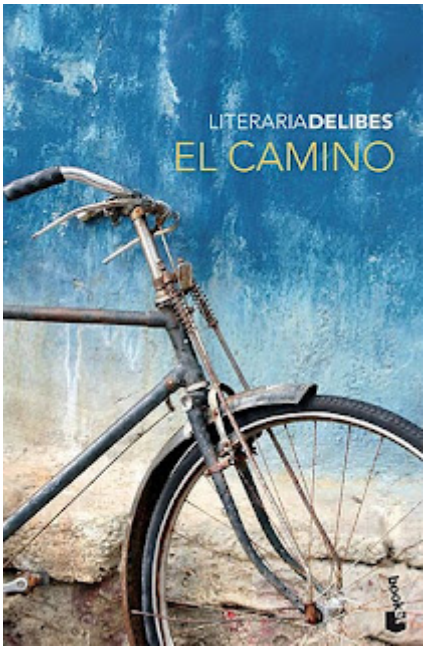


Si el reconocimiento de los lectores le llegó puntualmente y permaneció múltiple y crecido en el tiempo con la visión de la imagen que semillara su literatura, no fue menor cuanto a nivel de selectividad cosecharía su obra en término de especiales galardones.

Ya nos hemos referido a su primer éxito en la consecución de un premio tan prestigioso y serio con el Nadal (1948) y al también Nacional de Narrativa, que consiguiera por segunda vez (1999) con *El hereje*, cuando antes (1955) ya se lo habían

concedido por *Diario de un cazador*. Y fue entre uno y otros cuando se fueron sumando los de mayor prestigio que la Universidad y España conceden a sus elegidos. Delibes sería investido media docena de veces como *doctor honoris causa* por otras tantas universidades, recibiría el Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1982); el de las Letras de Castilla y León (1984), el Nacional de las Letras Españolas (1991), el Miguel de Cervantes (1993), etc, etc.

El año 1999 le sería concedida, a nivel Nacional, la Medalla de Oro al Mérito del Trabajo, como antes le fuera entregada (1993), con valor de este mismo metal, la que otorga su provincia vallisoletana, y posteriormente, en doble anualidad 2006 – 2009, la de Oro que el Gobierno de Cantabria concede al Mérito Turístico. Volviendo a ser distinguido aquel mismo 2009 con la también de Oro que su tierra, la Autonomía de Castilla y León, premia a los elegidos.



Es cierto que se le resistió (¿podíamos escribir que se le negó?) el Nobel; pero estamos seguros que Delibes no lo echó en falta ni se resintió por ello.

Su obra era y es más selecta y superior en calidad a la de muchos que antes y en su tiempo lo alcanzaron. La Academia sueca se lo ha perdido. Además qué mejor Premio Nobel puede recibir un escritor que, siendo justo, humano, culto, ecuánime, sencillo y grandioso en su quehacer, se supo leído y admirado por las grandes minorías selectas a las que siempre dirigiera su obra; minorías, éstas, que luego, como despedida, en la sana expresión del pueblo que sabe lo que quiere y a quien ama, se echaron masiva y silenciosamente a la calle para darle el último adiós a quien verdaderamente admiraban y querían.